

El Cinturón de Fuego

Por: Carolina Bohórquez

Eneried Aranguren cerró los ojos y escuchó una explosión potente. Iba de regreso a su casa, empotrada en una colina del corregimiento de La Buitre-
ra, en la ladera de Cali, cuando desde la buseta vio una nube de gases as-
fixiantes que inundaba la avenida Pasoancho con calle Quinta. Sus manos su-
doras apretaban la bolsa de chontaduros que le compró a su hijo menor, en
la esquina del centro comercial Trade Center, minutos antes de subirse en
la buseta Montebello. En el recorrido, sintió que se le hinchaba el pecho.
Después de varias curvas por la carretera se bajó lívida, así ya estuviera
a salvo, mientras se internaba por una loma semioscura y sin pavimentar. Al
final de aquel camino está su casa, aún en obra negra, entre algunos árbo-
les, que se pueden ver por la puerta principal, de barrotes de color verde
oliva.

Eran las 6 y 15 de la tarde.

La mujer de cabello largo con grandes ondulaciones buscó a Wilman Silva, su
esposo y, sin más demoras le contó que estaba en Unicentro cuando estalló la
revuelta, al otro lado de la calle. Vio que el humo de los gases lacrimógenos
provenía de la Universidad del Valle.

—Cuando salía del banco tropecé con una mujer que lloraba. La gente corría
de un lado a otro y la policía estaba regada. Ojalá mi Jhonny esté bien. ¿Por
qué mi muchacho no me hizo caso esta mañana de que no fuera a estudiar si no
tenía clases?

Wilman escuchaba atento a su esposa, mientras se devoraba la bolsa de chon-
taduros.

—No te los comás todos que son para Jhonny. Ya sabés cómo le gustan.

La pareja supuso que su hijo llegaría de Univalle más tarde que de costumbre, debido a los disturbios.

—Ya van a ser las 7. ¿Dirán algo en el noticiero? —preguntó Eneried.

—De pronto.



En la universidad, Jhonny Silva estaba a unos metros de la entrada de la biblioteca; caminó cojeando hacia el paso peatonal.

—Parce, corra que llegaron los tombos. ¡Parce, corra, corra! ¡No se quede allí! —le gritaban algunos jóvenes que pasaban junto a él.

Jhonny apuró su cojera, como lo hicieron otros compañeros que buscaron refugio al ver a unos hombres uniformados de negro, con cascos de caretas transparentes. Se escucharon estallidos y luego la polvareda de gases comenzó a rondar la universidad.

Jhonny retrocedió cuando estaba en el corredor de salida a la calle. Germán Perdomo, un estudiante de psicología, lo vio tomando la dirección hacia la mole de ladrillo de la rectoría, pero su atención se centró en huir de la conmoción.

De repente, se oyó un disparo, seguido de un golpe seco. Ya no se veía cojear a Jhonny. Su cuerpo quedó inmóvil en una de las esquinas del edificio.

—¡Le dieron, le dieron!

En cuestión de minutos empezó la gresca y Germán decidió enfrentarse a aquellos desconocidos hasta que le asestaron un golpe en la cabeza. La sangre le escurría por la cara, mientras compañeros suyos trataban de sacarlo a hurtadillas para llevarlo a una clínica.

Todos corrían. En el agite, los estudiantes Jairo Andrés Velásquez, Andrés Payán, Juan Pablo Aponte y Mónica Oliva fueron retenidos por la policía. A empujones se los llevaron hacia la estación de El Limonar.

Adentro de la Universidad, donde la oscuridad reinaba, los hombres de negro huyeron hacia la Pasoancho, después de que una romería de jóvenes enardecidos los enfrentara a punta de piedra y palabras. La temperatura subió en el callejón formado por la fila de árboles hasta la entrada. Los estudiantes querían perseguir a las sombras, pero al final rodearon el cuerpo de Jhonny, ya sin pulso, que llevaron a rastras hasta uno de los parqueaderos a la espera de la ambulancia. La sangre seguía brotando a borbotones del orificio en su cuello. Al llegar la ambulancia, la angustia aumentó porque la puerta del vehículo estaba atascada. Con un fuerte jalón lograron abrirla y subieron el cuerpo de Jhonny. En el piso quedó la huella de su agonía, a unos metros de los carros particulares.



Mientras tanto, en lo alto de La Buitrera, sus padres sintieron un extraño olor en la vivienda.

—Parece que alguien hubiera apagado una vela —comentó Eneried.

Luego, en la cocina de paredes sin empañetar, la mujer buscó entretenerse preparando la comida de su hijo.

—Ojalá Jhonny haya podido salir...

De pronto, sonó el teléfono.

“¿Señora, usted es la mamá de Jhonny Silva?”.

—Sí, ¿qué le ocurre a mi hijo?

Eneried se puso muy nerviosa y Wilman le arrebató la bocina.

“Jhonny está herido. Necesitamos que venga a la clínica Valle del Lili”.

Wilman, con el auricular en la mano, miró confundido a su esposa.

—¿Quién habla, dígame quién habla?

Hubo silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó la madre.

—Tenemos que irnos porque Jhonny está mal.

El corazón de Eneried se empezó a agitar y la incertidumbre aumentó en aquella casa custodiada por 'Titán', un cachorro que siempre suele estar junto a 'Tony', el viejo perro negro que era la mascota de Jhonny.

La pareja caminó por un sendero de trocha a la espera de transporte.

—¡Por qué a esta hora no hay una buseta o alguien que nos lleve! No entiendo, apenas son las 7 y 20 de la noche y el último bus pasa a las 10.

La oscuridad llenaba la calle. Ambos estaban nerviosos y se sintieron impotentes durante esa media hora de espera. Luego soltaron un respiro al ver las luces de una Montebello que se iba acercando.

Durante el camino en el microbús, de paso lento, el teléfono celular de Wilman vibraba con fuerza.

"¿Qué pasa que no llega rápido? ¿No ve que su hijo está gravemente herido?".

—Ya vamos a Cali —dijo Wilman.

"¡Vengan ya!"

Era la voz de una mujer desconocida.

Siguió otro timbrado y luego otro y otro. Al contestar la última llamada, Wilman palideció.

"Jhonny está muerto".



—¿Usted tiene más hijos? Le pregunto porque este niño se nos muere.

Sin aún haberse recuperado de un parto complicado, por problemas de su acostumbrada hipertensión, Eneried sintió desvanecerse cuando escuchó las palabras del médico en aquella fría habitación del Instituto del Seguro Social de Cali. Allí, observó una fila de incubadoras y en una de ellas estaba su Jhonny: flaco, largo y totalmente amarillento. Habían pasado tres días desde que su pequeño pegó el primer alarido de vida, el 12 de julio de 1984, y ya la muerte se lo quería arrebatarse por culpa de la bilirrubina. Jhonny nació con ictericia, una enfermedad que produce decoloración en la piel.

—Tenemos un mes para operarlo porque si no lo hacemos se nos muere —le insistió el médico—. Aunque le advierto que si lo operamos también existe un alto riesgo de que se nos vaya.

Eneried y su esposo salieron con la cabeza gacha, rumbo a su vivienda en el barrio Popular de Cali. La pareja temía perder al segundo de sus varones y al último de sus tres hijos. La madre, una mujer dedicada a colocar cremalleras en una fábrica de la ciudad, apretaba a su pequeño famélico contra el pecho. Desde entonces, casi nunca se desprendía de él, ni siquiera en las noches. Por momentos la respiración del niño era tan lenta que Eneried entraba en pánico.

—Wilman, este niño se me murió —pero un leve movimiento de la criatura la tranquilizaba hasta conciliar el sueño en muchas de las noches que estuvo en vela.

—Mirá, lo que tenés que hacer es darle a Jhonny una agüita de raíz de azafrán con cimarrón y verás que se pone bueno —le dijo una tía cuando fue a visitarla.

Eneried cumplió la receta al pie de la letra, pero no veía ningún cambio a pocos días de la cirugía.

—Llévelo al Señor de los Milagros de Buga. Él es el único que puede salvarlo —le dijo un conocido de la familia.

Y no lo dudaron. Aferrados a la esperanza, Wilman y Eneried organizaron el viaje, acompañados de Jhenny, la hija mayor. Al abrirse paso entre los

miles de feligreses que atiborran la Basílica y de una eterna fila que bordea completamente el templo, Eneried extendió los brazos con su hijo ante la imagen del gigante moreno crucificado. Cerró sus ojos y prosiguió su camino.

Días después, el pequeño empezó a engordar y se puso colorado.

—¡Me tiene que decir qué le hizo a este niño porque no tiene nada! ¡No entiendo. Estaba de muerte! —le dijo la médica que lo atendió.

—Doctora, es el Señor de los Milagros que tiene a mi Jhonny con vida para rato.



Una mañana, cuando Eneried preparaba la colada del desayuno de sus hijos, ella y su madre vieron por la ventana de la casa, hecha de tablas de madera, a unos hombres vestidos de camuflaje con fusiles al hombro. Corrían por el monte. La vivienda estaba en plena selva de San Juan de Villalobos, en límites entre Cauca y Putumayo. Fue comprada a un campesino de la región por Conciviles S.A., quien contrató a Wilman como topógrafo para construir la vía Pitalito-Mocoa. En ese entonces Jhonny iba a cumplir 2 años.

Esa mañana el reloj marcaba las 7 y 30 y Wilman estaba en el campamento, donde hombres de brazos corpulentos, tiznados por el sol, abrían la trocha en medio de árboles que alcanzaban 30 y 40 metros de altura.

Mientras tanto, en la casa de los Silva, alejada por un camino que se recorría en dos horas, ambas mujeres y los niños empezaron a escuchar estallidos prolongados y el zumbido de unos tiros.

—Llegó el ejército —dijo Eneried, con Jhonny en sus brazos.

El temor que días atrás había rondado entre los pocos pobladores asentados cerca de la casa de los Silva se había cumplido. Si llegaban los soldados, la gente tendría que salir de las casas por los enfrentamientos con la guerrilla. El XIII frente de las FARC y el ELN siempre se habían disputado ese territorio.

Jhonny se aferró al cuello de su mamá. Estaba asustado, igual que su abuela que cargaba a su hermana mayor.

Eneried, con su hijo, no resistió abrir la puerta y al salir cayeron a pocos metros de ellos los cuerpos de dos guerrilleros. A uno, el disparo le perforó el cráneo y, al segundo hombre, el impacto le dejó los intestinos al descubierto.

Jhonny estaba aterrado. Eneried y él entraron a la casa, aturridos por los helicópteros que empezaron a llegar al monte. Ese día, no se sabía si eran las FARC o el ELN los grupos que se enfrentaban al ejército.

De repente, Eneried se tiró al suelo con Jhonny y lo mismo hizo la abuela con Jheny en brazos. Jhonny permanecía en silencio, temblando, colgado de su mamá.



En el campamento de Conciviles, Wilman no podía comunicarse con su casa. No le extrañaba. Allí no había redes de telecomunicaciones, ni energía. Por eso, las comunidades más cercanas cocinaban a punta de leña y, tiempo después, fue un acontecimiento la llegada de la televisión al campamento.

Atardecía. Wilman por fin emprendió el camino hacia su hogar, angustiado por la suerte de su familia. Al llegar, observó la casa agujereada en la fachada y los grandes orificios en las paredes del corredor. Su esposa, sus hijos y su suegra aún permanecían ocultos en una de las habitaciones. Estaban ilesos, pero aterrados.

Desde ese momento, Jhonny hablaba poco y cuando lo hacía se le escuchaba el titubeo. También caminaba lento, casi no corría y cuando lo intentaba, lo hacía torpemente. Sus padres creen que el susto por el combate de aquel día lo dejó marcado. Allí, en San Juan de Villalobos, permanecieron un año más. La familia regresó a Cali por poco tiempo y luego se trasladó a Nariño por el empleo de Wilman. Fue una corta temporada hasta que él decidió volver a la capital del Valle del Cauca. Se fue primero, y su esposa con su suegra y sus hijos salieron días después, en un bus que tomó la vía a Tunía, en el Cauca.

En ese recorrido, hubo un nuevo susto: la guerrilla detuvo el vehículo y obligó a bajar a todos los pasajeros.

—Somos defensores del pueblo, si hacen lo que les decimos no les pasará nada.

Jhonny abrazó fuerte a su madre. Temblaba, igual que su hermana mayor.

—Cuando escuchen tres disparos podrán estar tranquilos. Si colaboran no les pasará nada.

Los hombres de camuflado comenzaron a quemar otros buses que venían detrás. Luego se escucharon unos disparos y en ese momento los pasajeros aprovecharon para regresar al bus y emprender la huida.

Al llegar a Cali se propusieron olvidar lo ocurrido en esa parte alejada del sur del país. Pasaron semanas sin hablar de los hechos y el pequeño Jhonny era el más callado.

Tiempo después, los Silva organizaron un paseo al río Dapa. Ese día Jhonny estaba contento jugando en el agua. Pero en un parpadeo resbaló cuando trató de correr. Sus padres lo llevaron al Hospital Universitario del Valle, donde los médicos le descubrieron un problema en la cadera. Jhonny estuvo atemorizado en el hospital durante un mes, viendo a otros niños con golpes y graves heridas. Uno de ellos, de unos 2 años, estaba ciego por causa de un accidente.

—Vas a ver que te pondrás bien, que todo pasará —le dijo Eneried a su pequeño de cabellos claros y de mejillas rosadas y regordetas.



—¡Lo mataron, mataron a Jhonny Silva!

Las luces en la universidad estaban apagadas. Un grupo de más 50 estudiantes gritaba arengas de protesta en los parqueaderos frente al edificio de rec-

toría.

—¡Fueron los tombos! —dijeron algunos jóvenes a dos corresponsales de El Tiempo y Noticias RCN. Un ambiente fúnebre predominaba en todo el campus, mientras los enardecidos estudiantes seguían señalando a la fuerza pública como la responsable.

Eran las 8 y 30 de la noche.

Entre la penumbra, alrededor de la mancha de sangre que dejó Jhonny, algunos muchachos dibujaron un círculo con tiza color marrón. En el centro colocaron claveles y un par de rosas rojas.

—Aquí cayó Jhonny —dijo uno de los muchachos, al asegurar a las periodistas que dos hombres del Esmad eran los autores.

A esa hora, Eneried sufrió un desvanecimiento cuando Wilman le confirmó que a pocos metros, en una habitación de urgencias de la clínica Valle del Lili estaba su hijo muerto. La bala le entró por el cuello y le alcanzó el cerebro. La señora no resistió la noticia y tuvo que ser internada por problemas de tensión y corazón.

—Quiero ver a mi hijo —repetía Wilman, tratando de pasar por encima de la barrera de un grupo de personas en la entrada de urgencias de la clínica. El cuerpo de Jhonny vestía una camiseta roja y un bluyín. Pero le faltaban los tenis. Nadie respondió por ellos.

La romería seguía creciendo en la clínica y Wilman estaba aún más preocupado porque temía por la salud de su esposa.

Una hora después, el entonces comandante de la Policía de Cali, general Jesús Antonio Gómez, salió de una reunión en el Club Colombia a asegurar ante los dos primeros medios de comunicación que estuvieron en un comienzo en Univalle, que la fuerza pública no entró al campus.

—Los hechos se presentaron a las 5 de la tarde y la persona ingresa a la clínica a las 6 y 55. Incluso nos llegaron a pedir que la Policía ingresara a las 5 y 30 después de que la persona había fallecido, y desde luego que no ingresó, ni tenía elementos de armas de fuego —dijo el oficial.

A las 11 de la noche continuó el calvario para los Silva. Un cortejo fúnebre escoltó la ambulancia con el cuerpo para llevarlo a Medicina Legal.

Jhenny, la hermana de Jhonny, se enteró de lo ocurrido estando en Pasto. Allí trabajaba en una entidad de teléfonos celulares y, de inmediato, organizó el viaje por tierra. Cuando ya amanecía llegó a la casa del barrio Popular. Nadie pudo conciliar el sueño y Eneried y Wilman seguían preguntándose si era verdad todo lo que les estaba ocurriendo.

Horas después, Wilman, Eneried y Jhenny estaban frente a las puertas enmaladas de la morgue. Sólo Wilman respondía las preguntas de un enjambre de periodistas. A pocos metros, Jhenny lloraba inconsolable, apoyando la cabeza sobre su madre, mientras la gente, en la entrada de la morgue, comentaba que la gobernación del Valle tenía testimonios sobre el ingreso de la policía a la universidad. Por la tarde, la familia estaba decepcionada cuando escuchó en las noticias de la radio al presidente Álvaro Uribe, en una de sus visitas a Cali.

—El día que se registren nuevos hechos de violencia en la universidad, creo que es muy importante que rápidamente la policía coordine con los directivos y las autoridades y contará con mi autorización inmediata, sin duda, para entrar a la universidad y acabar con los violentos y capturarlos.



Cinco días después un féretro simbólico de madera, en el que se leía el nombre de Jhonny Silva, estaba en medio de cientos de estudiantes y profesores que colmaron el coliseo Alberto León Betancourt, de Univalle.

—No queremos más impunidad, que paguen los responsables —manifestó Julián Hurtado, el representante en el Consejo Estudiantil ante el Consejo Académico de la universidad.

Julián y otros jóvenes en la gradería avivaban las voces del público, mientras en el centro del coliseo hablaba uno de sus compañeros, a unos pasos del féretro y de la mesa central, con el rector Iván Ramos, el gobernador del Valle, Angelino Garzón, el entonces defensor del Pueblo, Hernán Sandoval,

y Carlos González, presidente del sindicato de la universidad. En esa mesa también estaban Eneried y Wilman. Ellos se aguantaron las ganas de derramar las lágrimas durante las cinco horas que duró la audiencia. Escucharon al estudiante de Univalle Albeiro Gutiérrez pidiendo justicia, escucharon la declaración de la misión inglesa de un grupo de universidades que el día del asesinato estaba visitando el campus y escucharon al Gobernador respaldar la conformación de una comisión de la verdad, pidiendo garantías de seguridad para los Silva.

Acabada la audiencia, a eso de las 3 de la tarde, Julián Hurtado, otros estudiantes, sindicalistas y miembros de la comunidad universitaria, decidieron dejar constancia en una carta lo que había ocurrido con Jhonny ese 22 de septiembre de 2005.

—Deben pagar. Fueron ellos, debemos exigir que los que estuvieron en el operativo sean investigados. Fueron ellos.

Días después, Julián y los demás integrantes del Consejo Estudiantil se pusieron en la tarea de analizar los testimonios, que decían que dos uniformados habrían sido los responsables, que uno cubrió al otro cuando disparó. El Defensor del Pueblo dijo que la policía sí entró.

Julián hizo parte de una lucha por conocer la verdad a la espera de que los trámites por diversas fiscalías de Cali tuvieran efectos. Hizo parte de la toma de la iglesia La Ermita y luego empezó a asistir a la Comisión de la Verdad, que solía reunirse una vez al mes. Si no podía ir porque estaba estudiando o haciendo prácticas como paramédico en el Hospital Universitario del Valle, en su lugar iba su amigo William Correa, también integrante del Consejo Estudiantil de la universidad.

Y a medida que aumentaban las reuniones, la investigación penal no obtenía resultados. Julián no sólo estaba preocupado por la lentitud del proceso para hallar a los culpables: temía por su vida porque desconocidos le enviaban correos electrónicos diciéndole que sus días estaban contados.



—A mí que me entierren parao, que me entierren paraooo.

Julián Hurtado siempre tarareaba las canciones de su idolatrado Rubén Blades, en las reuniones del Consejo Estudiantil de Univalle.

—Pongamos a Rubén que esto se pone bueno —y seguía cantando Parao, uno de los éxitos de Blades.

Si yo he vivido parao,

¡ay! que me entierren parao,

si pagué el precio que paga

el que no vive arrodillao

la vida me ha restregao,

pero jamás me ha planchao.

En la buena y en la mala,

¡voy con los dientes pelaos!

Sonriendo y de pie

¡siempre parao!

A pesar de las amenazas buscaba la manera de seguir riendo y bailando salsa. Así, bailando, conoció a Diana Zapata, su novia, con quien organizaba correrías por municipios del Valle del Cauca.

La letra de Ojos de Perro Azul, de Blades, también retumbaron en los consejos estudiantiles de la universidad vallecaucana. Julián, el hijo menor de Abelardo Hurtado, un sastre, y de Laura Castillo, iba a clases en la sede de San Fernando, con la meta de terminar Tecnología en Atención Prehospitallaria.

Nunca le temió al trabajo y eso él lo tenía claro cuando, años atrás, le pagaban por cargar canastos en los mercados móviles por su casa o cuando

trabajó en restaurantes y almacenes de cadena. También aprendió construcción y marquetería. Por eso, cuando no tenía dinero, amigos como William lo veían pintando casas de vecinos y haciendo arreglos domésticos. Pero lo más importante para él era la carrera de Atención Prehospitalaria.

Luego del asesinato de Jhonny, a Julián le faltaban meses para graduarse. Eso le decía a su madre, cuando la visitaba en el barrio Las Granjas. Sólo un par de cuadras separaba la vivienda de doña Laura de la pieza que pagaba en alquiler, en el vecino barrio San Judas.

Julián también vivía cerca de Diana, su novia, y la llamaba a menudo al celular para decirle que la pensaba y que contaba los días para tener el título y organizar un viaje para conocer el mar.

En el 2003 su vida transcurría en el hospital Universitario del Valle, como estudiante, acostumbrado a ver el hacinamiento de pacientes en Urgencias, en el pabellón del primer piso.

Siendo parte del Consejo Estudiantil recibía amenazas, que aumentaron después del asesinato de Jhonny. Durante una reunión del Consejo Estudiantil, Julián y otros miembros coincidieron en denunciar públicamente sobre las amenazas a varios líderes de la universidad por defender diversas causas. Una de esas luchas era la de aclarar quiénes estaban detrás del crimen de Jhonny Silva.

En ese entonces, los medios de comunicación sumaban otro universitario a la larga lista de asesinatos. Esta vez fue William Javier Ortiz, de la licenciatura de Ciencias Sociales de Univalle, acribillado en Yumbo.



Era una mente brillante. Eso aseguran los padres de Jhonny cuando recuerdan que desde muy niño ya sabía escribir. Para Eneried no fue coincidencia que su hijo empezara el kínder en el colegio Liceo Brillante, en el barrio Popular. Y aunque estaba bastante pequeño, Jhonny fue aceptado a regañadientes por las directivas de la escuela Rafael Zamorano.

—Don Wilman, el problema es que Jhonny es muy desordenado y motiva a que los

demás tampoco pongan atención en las clases —fueron las palabras de una de sus primeras maestras.

Jhonny crecía como un pequeño jugueteón que salía del salón sin pedir permiso junto con otros niños, ansioso por ir a jugar bolas. Casi no escribía y cuando lo hacía en los cuadernos de hojas dobladas y algo sucias no se le entendía. Pero al final de quinto de primaria, Jhonny se graduó con honores y ya empezaba a admirar a Albert Einstein.

Al empezar su bachillerato en el colegio INEM se dejó crecer el cabello hasta los hombros. Lo tenía ondulado como su madre y no quedaba rastro de aquellos primeros rizos rubios cuando estaba en el jardín infantil.

—Es el pequeño científico de la clase —eso decían sus amigos de adolescencia, al recordar a aquel joven apasionado por las matemáticas y la física. Einstein y su teoría de la relatividad mantenían ocupado a Jhonny, un estudiante de pocos cuadernos. Su letra aún era ilegible. Pero la familia no se preocupaba porque sabían que el menor de sus hijos tenía un alto desempeño académico.

Jhonny era de pocas palabras y después se enmudeció aún más. Un día de 1997 un incendio consumió todo su cuarto en aquella vieja casa del barrio Popular.

—Yo fui el único damnificado —decía, mirando con frustración las gafas retorcidas por el fuego, sus libros y su ropa.

Desde entonces, cuando la familia se fue a vivir a La Buitrera, donde poco a poco Eneried y Wilman han ido construyendo su casa, Jhonny cambió. Vestía camisetas oscuras, no salía a fiestas con sus amigos y todo el tiempo solía estar leyendo. Incluso, se sometió a un tratamiento psicológico porque su rendimiento académico bajó y antes de empezar décimo grado se retiró del colegio. Luego volvió, pero entró al colegio José María Toledo. Más tarde se retiró porque no le gustaba.

Lo único que lo animaba eran los partidos de su adorada Mechita. Nunca se perdía el clásico América-Cali, en el estadio Pascual Guerrero. Tenía el botón, un afiche y hasta una bandera. En esos momentos, el negro de su ropa cambiaba por el rojo encendido.

Más adelante, Jhonny empezó nuevamente a estudiar, a ser el mejor alumno y por eso en el colegio SER, de bachillerato acelerado, se le veía dedicado.

—Quiero ser como Einstein —repetía a sus padres constantemente.

Empeñado en ser uno de los mejores estudiantes, se la pasaba todo el tiempo leyendo temas de matemáticas, química y física, sin salir de su cuarto en La Buitrera. A su habitación se entra bordeando la fachada de la vivienda hasta llegar a la parte trasera, en medio del follaje de unos cuantos árboles. A unos metros de allí hay una improvisada cocina bajo un techo de zinc al aire libre. Al lado, en un patio pequeño, está un baño y un espejo, frente al cual Jhonny se detenía a arreglarse la camisa o el pantalón antes de bajar apurado por la empinada colina hasta la calle.



Un viejo reloj de pulso con el escudo del América cuelga del estante de madera, pegado a la cama de Jhonny. Una falla detuvo las manecillas. Allí hay, además, libros de química, física, matemáticas. Junto al armario estaba un escritorio con un computador, y a los pies de la cama hay un armario metálico claro con las camisetas negras y rojas, algunas con estampados que Jhonny les hizo con unos cuantos pincelazos de pintura especial. Es su habitación, en la que pasaba la mayor parte del tiempo. Allí estudiaba y, cuando soñaba despierto o quería descansar, observaba por la ventana la montaña y escuchaba a los perros y a los gallos.

Pensaba obsesionadamente en ser químico cuántico. Quería ser como seis familiares suyos, entre ellos un tío, todos químicos de la Universidad del Valle. Era lo que más quería para tener posibilidades de estudiar y trabajar en el exterior. Decidido a lograrlo hizo un preicfes en la misma Univalle para tener más opción.

—Voy a ser el mejor.

Eso les repetía a sus padres y a su hermana, su mejor amiga. Y tenía razón. Un día llegó orgulloso, exhibiendo el puesto 24 de los resultados de la prueba del Icfes. De inmediato, se inscribió en Univalle e hizo la prueba de admisión para estudiar Química.

Cuando fue aceptado ni él mismo lo creía. A su casa llegó sonriendo, buscando afanado a Eneried.

—¡Mamá, quedé en la Universidad del Valle!

La arrastró hasta su cuarto y encendió el computador.

Eneried, emocionada, miraba a Jhonny.

—¡Mamá, ahí dice Jhonny Silva, Jhonny Silva!

Desde que empezó en la U. se le veía más dedicado que nunca. Del cuarto salía cuando su madre le servía el desayuno, el almuerzo o la comida. Los frijoles con dos huevos fritos y salsa de tomate lo enloquecían y sus pocos amigos lo llamaban Garfield, por ser tan rápido con la cuchara. En el primer semestre de la carrera sus compañeros a veces lo llamaban Jesús por el cabello largo y su contextura delgada.

Salía de su casa a las 6 y 30 de la mañana y regresaba entre 9 y 10 de la noche. En el segundo semestre del 2005, Jhonny empezaba quinto semestre de Química y el primero de Física. En la universidad, sus sitios preferidos para estudiar eran la cafetería de Idiomas y la sala B de la Biblioteca Central. Casi siempre él, un fanático de los Simpsons y admirador de Hugo Chávez, estaba solo, contrario a Julián Hurtado, que vivía hablando con muchos amigos.



Julián estaba a un año de graduarse como paramédico. Su participación activa en las reuniones y protestas de estudiantes en la universidad lo motivaron a inscribirse en un programa académico sobre resolución de conflictos. Le apasionaba la política y era un crítico del gobierno nacional, como también lo era Jhonny.

Para la familia de Julián fue una sorpresa que el menor de los nueve hijos de Abelardo y Laura estuviera tan interesado por los conflictos universitarios.

Julián, aquel joven que se acercaba a los 30 años, luchaba por las sedes regionales de la universidad, por los estudiantes de escasos recursos que buscaban la manera de matricularse en Medicina y por los jóvenes desfavorecidos. Era una promesa en el Polo Democrático.

Entre sus últimas luchas estaba la de rechazar la impunidad por el asesinato de Jhonny Silva.



—¿Cómo estás?

—Bien, porque estoy vivo.

Así respondía Jhonny, cada vez que su madre lo saludaba por las mañanas o cuando volvía de la universidad.

Aquella mañana del 22 de septiembre del 2005, Jhonny se levantó como de costumbre, con el sonido de los gallos que a veces lo aturdían y no lo dejaban concentrarse cuando estaba estudiando en su cuarto. Ese día decidió ir a la universidad, a pesar de no tener clases.

—Mamá, hoy no tengo que madrugar tanto porque hay una reunión en la universidad. Posiblemente no haya almuerzo, pero de todas maneras tengo que ir a hacer un trabajo con unos compañeros.

—¿A qué hora vuelves?

—No sé qué tanto nos demoremos haciendo el trabajo.

Eneried sabía que su hijo comía bastante y que no le gustaba merendar en la calle porque "hay cosas muy caribes* y así no se puede". La mujer le empacó en el maletín un tarro de salchichas, un pan y un yogur.

—Desayune bien, mijo, para que no me le dé hambre.

Jhonny se abalanzó sobre el humeante plato de pericos con bastante tomate. Además, se tomó un vaso de jugo de naranja con un pan de quinientos pesos.

Después de desayunar bajó los escalones de cemento desde su cuarto hasta el patio, se miró en el espejo, se arregló la camiseta roja y el pantalón, y se despidió de Eneried. Ella estaba adentro de la casa, en su habitación, y lo vio alejarse por una ventana.

—Mamá, me voy pa'la universidad.

—Mijo, tenga mucho cuidado.

—Tranquila que allá no pasa nada.

Toda la mañana Jhonny estuvo cerca de la biblioteca y por la tarde los compañeros de su grupo de estudio estuvieron con él, hasta una hora antes de que comenzara la revuelta. Afuera de la universidad un grupo de manifestantes protestaban por el Tratado de Libre Comercio y por la falta de agua en Villagorgona, en Candelaria.

Jhonny estaba a unos metros de la biblioteca de Univalle y se dirigió hacia el pasillo que conduce a la calle.



Julián Hurtado y su amigo William Correa estaban alegres y con muchos planes, a pesar del hambre por no haber almorzado. Ese 4 de octubre de 2006 ambos líderes universitarios llegaron a las 6 de la tarde al edificio de la plazoleta de San Francisco, donde tendrían una reunión con el Gobernador. Horas antes, ambos estuvieron trabajando con otros representantes estudiantiles en lo que sería la Marcha Nacional Estudiantil que se realizaría en el mes de noviembre, en el proyecto de modificar el mecanismo para elegir el rector en la universidad, en el apoyo a un proyecto de rebajas de matrículas para estudiantes de postgrado y en una audiencia, en la sede de Univalle de San Fernando, sobre el problema de la salud.

Frente al Gobernador Julián seguía sonriendo porque estudiantes sin dinero de Univalle podrían recibir subsidios de 500.000 pesos para hacer cursos de postgrado, y estaba muy satisfecho por las 100 becas logradas con el Gobernador para jóvenes que como él pasaban dificultades económicas. Julián sabía lo que era retirarse de estudiar para tener que trabajar y sabía lo que era

sudar para alcanzar sus sueños.

En la Gobernación estuvieron hasta las ocho de la noche. Después tomaron un taxi juntos y luego Julián se despidió de su amigo y se dirigió rumbo a la casa de su mamá, en Las Granjas. Allí permaneció unas tres horas.

Luego, el caleño rumbero se fue a visitar a Diana.

—Nos vemos mañana —le dijo Julián.

La despedida terminó con un beso y un abrazo.

—Cuídate mucho que esas calles están muy oscuras —le insistió ella.

Mientras Julián caminaba, recibió la última llamada a su celular. Era Diana. Quería asegurarse de que estaba llegando a su casa.

—Estoy bien. Te mando un beso y nos vemos mañana.

En el trayecto se encontró a unos amigos, con quienes a veces pintaba casas durante la época de vacaciones y, después, continuó su camino.

Detrás de él venían un par de sombras. Un hombre y una mujer lo venían siguiendo.

Al llegar a la carrera 46 con calle 14, un disparo rompió el silencio. Julián no vio a sus agresores ni alcanzó a reaccionar porque el tiro se lo dieron en la cabeza.

Pasada la medianoche, golpearon insistentemente en la puerta de la casa de doña Laura Castillo. Antes, ella había escuchado el ruido de una motocicleta. Eran dos uniformados. Parecían policías, pero le dio miedo abrirles.

—¿Usted es la mamá de Julián Hurtado?

—¿Por qué preguntan por él a esta hora?

—Señora, su hijo está herido... le dispararon...

Julián fue llevado al hospital municipal Carlos Carmona, donde los médicos

tenían pocas esperanzas y recursos para atenderlo y salvar su vida. Por eso, fue trasladado al hospital Universitario del Valle.

Al llegar al centro hospitalario, uno de sus compañeros de estudio en Univalle y quien estaba en el turno de la madrugada, se sobresaltó al abrir la ambulancia y observar a quien solía sacar a los heridos de bala para salvarles la vida. Julián estaba inconsciente.

Diana y la madre llegaron una hora después. Doña Laura se pasaba horas acariciándole el rostro.

—Julián ha perdido el sentido y es poco probable que viva —les decían los médicos.

Por la mañana, Julián sufrió un paro cardíaco. Su vida dependía de los equipos a los que estaba conectado. Pero no había nada qué hacer. Ni el entonces director del hospital, Jorge Iván Ospina, se atrevió a ordenar una cirugía por el daño irreparable del cerebro.

Doña Laura sentía que su corazón se despedazaba cuando autorizó desconectar los tubos y declarar oficialmente la muerte de su hijo.



El día de la muerte de Julián hubo una gigantesca marcha estudiantil, que fue interrumpida por disparos desde una camioneta de vidrios oscuros. Volvió el rechazo y otra vez hubo súplicas de buscar a los culpables de los asesinatos de Jhonny, de Julián y de otros tantos universitarios, todos ellos unidos por un cinturón de fuego, por un cinturón de disparos, por un cinturón de muerte.

Junio de 2007

El anterior texto hace parte de una clase de creación literaria que viene realizando el profesor Harold Kremer con los estudiantes de la Universidad Icesi. Este ejercicio ha permitido la publicación de El cinturón de fuego y otras crónicas caleñas, segundo volumen de crónicas que aparece en la colección de narrativa de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

PAPEL D COLGADURA

Vademécum gráfico y cultural
www.papeldecolgadura.org

